

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA BASTERO,  
RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Teología,  
Colegas de Claustro Universitario,  
Señoras y Señores:

Una vez más, la Facultad de Teología nos convoca para la celebración de un nuevo Simposio Internacional. Desde el primero, celebrado en 1979 y presidido por el Prof. José Luis Illanes, hasta el que tuvo lugar el año pasado, centrado lógicamente en el centenario del fundador de la Universidad de Navarra, San Josemaría Escrivá, estos Simposios han tratado temas de gran actualidad en cada momento.

En ocasiones han procurado prestar un servicio a la preparación de alguna Asamblea del Sínodo de los Obispos. Otras veces se han sumado a la conmemoración de alguna efemérides destacada, para contribuir a su mayor conocimiento. Los ha habido que han respondido a particulares intereses del diálogo ecuménico, o para clarificar determinados puntos candentes de la discusión teológica contemporánea, o para respaldar iniciativas del magisterio pontificio.

De todo ello dan fe las actas de los simposios, publicadas cada año puntualmente, en gruesos tomos de casi mil páginas. Constituyen ya un cuerpo doctrinal de gran valor, que, por iniciativa del Prof. Pedro Rodríguez y durante su Decanato, pasaron a convertirse en una serie propia entre las que edita la Facultad de Teología.

Por su publicación continuada y la calidad de los ponentes felicitó al claustro de la Facultad de Teología y a las autoridades académicas que los han impulsado durante estos casi cinco lustros. La Universidad de Navarra se siente muy honrada en ser durante unos días, cada año, un lugar de encuentro y de discusión de temas tan interesantes, habilitando un ámbito genuino de creación científica.

El Simposio de este año, que constituye el número XXIV, está dedicado a un tema que, como me han informado el Decano de la Facultad, Prof. Francisco Varo, y su Presidente, Prof. Josep-Ignasi Saranyana,

tiene unas características particulares. Es un tema que pretende salir al paso de un tópico muy difundido: la idea de que desde el último tercio del siglo XVIII, la Iglesia católica se está replegando en un proceso irreversible. Es más, y esto lo puedo afirmar con mayor conocimiento de causa por mi dedicación profesional a las disciplinas técnico-científicas, se acepta en muchos ámbitos universitarios que la Iglesia ha perdido el tren del progreso científico, ante los embates del positivismo, el espectacular desarrollo de las ciencias experimentales, y el no menos impresionante auge de las denominadas «nuevas humanidades», como son la Historiografía contemporánea, la Sociología, la Psicología, etc. Por otra parte, este pesimista diagnóstico se completa señalando que la Iglesia ha sido vencida en la batalla de las artes y las letras, y que las clases medias de los países desarrollados son ya irrecuperables.

Para analizar qué hay de verdad en este tópico, este Simposio se va a centrar principalmente en el estudio de la vida espiritual y la búsqueda de la santidad en los siglos XIX y XX, incluyendo a las comunidades eclesiales surgidas de la Reforma, a la Comunidad anglicana y a la Ortodoxia. Tendrá así esta reunión, como en otras ocasiones, una importante vertiente ecuménica.

Para cualquier cristiano medianamente informado, es claro que en esos siglos abundaron las persecuciones, las marginaciones de los católicos por el hecho de serlo, los martirios y los sistemas totalitarios ateos. Pero quizá no sea tan evidente que, a pesar de estos y otros pesares, la vida cristiana fue *in crescendo*, a veces en régimen de catacumbas, otras a cara descubierta, bien orientada siempre por unos Romanos Pontífices de gran talla pastoral. Precisamente este año de 2003 recordamos el fallecimiento de uno de ellos: el Papa León XIII, que puso las bases de la recuperación intelectual —con presupuestos cristianos— del mundo académico, y acertó proféticamente en su diagnóstico de los problemas sociales con su encíclica *Rerum novarum*. Y también este año se conmemora el centenario de la subida al solio pontificio de San Pío X que ha pasado a la historia por ser el Papa de la renovación litúrgica, de la restauración de la frecuencia de sacramentos y de la superación de los problemas planteados a la actuación pública de los católicos. El Papa que fomentó las vocaciones sacerdotales, impulsó las misiones y peleó duramente contra los rescoldos esclavistas todavía humeantes en algunos países católicos. El Pontífice que murió ofreciendo su vida por la paz de Europa, cuando por doquier soplaban vientos belicistas y de exacerbado nacionalismo.

Me consta que los organizadores del Simposio pretenden, además, preparar una interesante iniciativa científico-histórica a partir de este encuentro, cual es esclarecer las bases de una futura «Historia de la

espiritualidad de los siglos XIX y XX», que —según me informan— está todavía por escribir, pese a intentos parciales, aunque valiosos y de notable interés. En todo caso, desean que las ponencias y comunicaciones presentadas faciliten el conocimiento de la bibliografía y los problemas que una iniciativa de tal envergadura entraña, de modo que el Simposio no se acabe con la mera publicación de las Actas, sino que pueda servir de fundamento para ese propósito. Por mi parte, les animo sinceramente en sus ilusiones.

Aprovecho la ocasión para dar la bienvenida a todos los participantes que se han desplazado a Pamplona, deseando que su estancia entre nosotros, además de producir los frutos científicos esperados, les haga participar de la alegría que siente la Universidad de Navarra a lo largo de este curso tan emblemático de su historia, en que celebra su cincuentenario y da gracias a Dios por el regalo de la canonización de su fundador.

Muchas gracias.